

La Ultima Carta

215

En los días dorados de la niñez aprendí, de labios de un tío, que la última carta nunca debe ser jugada. Era una especie de temporal tahúr, acaudalado a veces, derrotado en otras. Hombre curioso, soltero al menos en lo civil, viajero del mundo y del tapete verde. Se jactaba de haber quebrado la banca de Montecarlo.

Recordé el consejo, al borde de jugarme, oralmente, por una causa de todos amarrada en forma ultrasónica al progreso de la región. Me refiero a la zona franca alimenticia, especie de salvavidas para quienes viven de un presupuesto, vale decir, la mayoría ciudadana.

Soy amigo personal, no correligionario —porque mi partido y mi ley es la independencia—, de Alfredo Chellew Urzúa, presidente de Renovación Nacional. Me invitó a una reunión de su mesa y correligionarios con el Jefe de Estado. Allí, seguramente, habría logrado la grata oportunidad de un coloquio más directo —y próximo— con el Presidente, que el de estos últimos días de su visita a nuestra Segunda Región.

A pesar de la oportunidad única, liberada del rígido protocolo que relega a los directores de diario al lugar undécimo, desistí de la empresa. Nunca fui proclive a las asambleas, porque a veces se equivocan y si uno es asambleísta —y participa— estaría obligado, reglamentariamente —o por moral— a obedecer. Ni siquiera en los días, ya apergaminados, de la Viña del Mar que nadie recuerda y en el Valparaíso que ahora será, ¡que bueno!, sede del

Congreso Nacional, en que me decían que con un par de años de regidor podía llegar, merced al apoyo de cierto partido por demás honorable, al Parlamento. Todo, porque había elegido la libertad, el periodismo sin compromisos, la verdad ajena a tapujos, como enseña de mi larga y luchadora existencia.

Siempre defendí —y defenderé— los únicos intereses creados valederos y respetables: los de la comunidad. En esa empresa he de vivir y morir, porque los principios no se mercan ni se transan.

Así las cosas, mea culpa, no pude disfrutar de la anhelada reunión con el Presidente en tan interesante coloquio, quizá más privado que el resto de los actos donde asistí.

Creo, en realidad, que la posibilidad era inmejorable, dada la legítima posición que deben tener los medios de comunicación en hechos tan trascendentes.

Tiempo ha, manifesté a un almirante que es mi amigo dilecto de hoy: los periodistas somos comunicadores que, entre otras alternativas, vemos pasar a los hombres y permanecemos. Salvo ejemplos, contadísimos, absoluta verdad.

No jugué, entonces, de nuevo mea culpa, mi última carta ante el Presidente de la República. Puedo, en consecuencia, sin una negativa directa, con el apoyo de la colectividad que la reclama, luchar por la zona franca alimenticia. Se la pidieron, en cambio, un edil, dirigentes y pobladores. El jefe de Estado, tras meditar, dijo que el problema tiene bemoles, pero que lo estudiará.